La campana
RAY RUSSELL



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Ding-dang-dong..., ding-dang-dong..., ding-dang-dong... Los condenados, pensó, las almas olvidadas en el infierno, ¿sufren más que esto? ¿Pueden gritar más fuerte? ¿Sudan más? ¿Sienten un dolor máS angustioso? Entonces se dijo: «No seas idiota. No crees en nada de eso».

Una vez apareció llevando una pequeña cruz en torno al cuello. Dijo que la había recibido por correo, a través de una de las obras de caridad a las que contribuía. Era un poco llamativa: oro falso, la típica forma engrosada aquí y allá con disgresiones rococó, tachonada con diamantes y perlas de imitación, suspendida de una fina cadena..., pero su atractivo, aparte del significado religioso que tenía para ella, era la gema colocada en el centro. En realidad no era una gema. ni siquiera falsa, sino una gota de cristal, una pequeña lente convexa en realidad, y cuando uno se acercaba y miraba a través, alzando el talismán a la luz, se veía una simple línea que dibujaba una figura arrodillada y, debajo, el padrenuestro en versión arcaica. Ampliado, parecía del tamaño de un cartel.

-¿Eres cristiana? -preguntó él observando con ojos bizcos la oración a través de la lente.

Ella se encogió de hombros.

-Me lo estoy pensando. -Su voz era una suave bruma aguda-. Pero es difícil ser cristiana. Una buena cristiana.

El recurrió a una de las frases favoritas de su padre:

-Es difícil ser bueno en casi todo.

La primera vez que ella vino a su casa, él le había preguntado qué le apetecía beber.

-No es que me apetezca a mí -contestó ella-. Es que le gusta a mi úlcera, y le apetece una Vaca Escocesa.

-Marchando.

Sacó la leche y el whisky.

-A mí también me gusta, aunque ni siquiera tengo úlcera -dijo-. Sabe dulce, y me pregunto por qué. El whisky no es dulce, la leche no es dulce, pero juntos... -le tendió un vaso. Bebieron. La mezcla era espesa y sabrosa-. ¿Tienes de verdad una úlcera? No lo parece. Se te ve tranquila, impasible.

-Tal vez ése sea el problema. Tal *vez* aguanto demasiado.

-Tendremos que arreglarlo.

-¿Sí?

-Dos o tres Vacas de éstas ayudarán. Órdenes del médico.

-Sí, doctor.

(El acababa de doctorarse en filosofía.)

Impartía un curso de extensión de apreciación musical una noche a la semana, y ella era una de sus alumnas. Le llevaba al menos media do-cena de años; suponía que tenía unos treinta y cinco o por ahí.

Durante la Cuaresma ella no tomaba Vacas Escocesas, dulces ni pan, a excepción de los kosher. Aunque no era judía, explicaba que la Ultima Cena de Nuestro Señor (siempre lo llamaba así) era, después de todo, una fiesta de Pascua en la que habían servido pan ácimo, la primera eucaristía.

-El Pan Cantor -contribuyó él de su propia cosecha de sabiduría.

Un día, en la cama con él, suave y sutilmente fragante, sin llevar puesto más que la cruz, ella se llevó las manos a la nuca y desabrochó el cierre. Sus pechos se alzaron divinamente. Se quitó la reliquia sagrada y se la puso a él en torno al cuello. Había esperado que el metal estuviera frío, pero lo sintió caliente por el contacto con su carne.

-Ahora estamos casados -dijo ella.

Ya estás casada, estuvo a punto de contestar él. Pero no fue necesario. La cara de ella se llenó de arrugas ante el pensamiento que no había expresado. A menudo, él se sentía tentado de preguntarle cómo reconciliaba su infidelidad con sus convicciones religiosas, claramente

verdaderas. ¿Qué clase de trato había hecho con Dios? Esta vez se lo preguntó.

-No seas tonto -dijo ella-. No se pueden hacer tratos con Dios.

-Pero la gente lo hace constantemente, ¿no? «Querido Dios, ayúdame por favor a aprobar los exámenes y no volveré a tomar tu nombre en vano.» Ese tipo de cosas. Tú rascas mi espalda y yo te rasco la tuya.

Ella frunció el ceño.

-Hablas como mi marido.

-No lo permita el cielo -para distraerla, cambió de conversación-. Vamos a escuchar un poco de música. Ayer compré un disco nuevo para la clase. El viejo «Ojos Azules».

- ¿Sinatra?

-Bach.

Se levantó de la cama, desnudo, y puso el disco. Hacía frío. Rápida-mente, regresó junto al calor de ella. No era entendida en música, pero le gustó el disco y le preguntó, poco después, si era «religioso».

-No -contestó él-. Bach escribió un montón de material para textos litúrgicos, por supuesto, pero esto es música pura. Se llama *El Arte de la Fuga.* Lo último que escribió. Compiló el trabajo de toda su vida. Así que, en cierto sentido, tal vez puedas decir que es religioso. ¿Oyes esas cuatro notas? Ese es su nombre, B, A, C, H.

-No sabía que hubiera una nota H.

-Es en alemán. Es el re natural. Su re es nuestro re bemol. Escucha ahora... ¿oyes eso?

La música había llegado a un brusco final sin resolver, y la máquina se apagó con un click.

-Es ahí donde murió Bach -dijo él. Un momento después, añadió-: En 1750. ¡Pero *El Arte de la Fuga* no fue ejecutado en público hasta 1927! ¿Puedes creerlo? Fue cuando Lindbergh cruzó el Atlántico, ¿no? Un buen año. ¡Pero mira que presentar *El Arte de la Fuga* tan tarde!

-Hablando de la hora -dijo ella, mirando el reloj que había sobre la mesilla de noche-. Será mejor que vuelva a casa y me ponga a preparar la cena.

Nunca dejaba de lado las prioridades del deber. Era madre de dos hijos, un niño y una niña.

Según sabía, a su marido no le hacían mucha gracia sus sentimientos religiosos y se burlaba de ella en público. Era esto, decía, lo que la había hecho fijarse en él.

-Eres diferente -le dijo-. Comprendes. Estás interesado.

Su interés era real, pero también le gustaba la manera en que le brillaban los ojos cuando hablaba del tema. Ella decía que era un hombre religioso. El lo negaba.

-Me conmueve la Misa en re menor -dijo-, y la *Missa Solemnis y* el *Réquiem* de Verdi *y* todo eso. Pero me conmueve el sonido y tal vez un poco el lenguaje. Es una respuesta estética, no religiosa.

-¿Estás seguro de que existe diferencia?

-Por supuesto que sí.

-Estás entregado a la música. Devoto. Casi como un sacerdote. Leí en alguna parte que la palabra «religión» significa realmente «lazo», estar atado a algo.

El sonrió y la besó.

-Vamos, no entro en esas disquisiciones.

Con el pequeño chasquido brillante del broche tras su cuello, la lujuria se convirtió en amor. Líbranos de todo mal. Cuando ella dijo que estaban casados, él supo que era verdad.

Esa noche soñó con la cruz. En el sueño, se preguntaba qué oración aparecería si miraba desde el otro lado: ¿aparecería al revés, como en un espejo? Se quitó la cruz y la miró.

Olas coronadas de espuma bajo un cielo rojo y nubes como bolas de algodón a la deriva. Un desprendimiento de color, pensó al principio, pero las olas se movían, rompiendo contra la orilla rocosa. Se maravilló del mágico trabajo de miniaturización que había colocado un

equipo microscópico capaz de ofrecer imágenes en movimiento en un objeto tan pequeño. Y también de sonido: las olas rompiendo, la música sonando...

Cuando se despertó por la mañana, aún tenía la cruz en torno al cuello. Se la quitó y miró ansiosamente por el otro lado.

Nada. Una mancha gris. Se levantó de la cama, sonriendo por el repentino recuerdo de un viejo amigo que tenía una estilográfica con una ventanita similar en un extremo. Cuando se miraba, se veía un par de jóvenes sonrosados copulando (pero ¿por qué tenía el diablo que tener las mejores canciones?).

Después de ducharse, volvió a colocarse la cruz. El teléfono sonó cuando se estaba poniendo los pantalones.

Era su padre.

-Hombre, menos mal que estás en casa -la voz era débil-. Te llamé hace unos minutos.

-Estaba en la ducha. ¿Pasa algo malo, papá?

-Bueno, he empezado a tener esos dolores...

-¿Llamaste al médico? ¿Dónde te duele?

-En el vientre. Sí, dijo queme vería en el hospital.

-Te llevo.

-Puedo coger un taxi.

-No, no, voy para allá.

Su padre se retorcía de dolor. En el hospital, una inyección redujo el dolor y le dejó atontado. Tenía la cara gris y, sin los dientes, chupada hacia dentro. Horas después del atardecer, en la alcoba gris llamada solárium, el médico le explicó la situación. Los dos estaban fatigados. El desorden intestinal, algo con nombre griego o latino, podía ser controlado a menudo con una dieta especial, pero con un ataque tan severo como éste, una operación inmediata era normalmente la única solución.

-¿Una operación?

-En realidad son dos intervenciones. Separadas por semanas o meses.

-¿A su edad?

-Lo sé. Y no le engañaré. Será un infierno para él. La convalecencia será horrible. Las dos convalecencias. Deseará estar muerto -el doctor continuó explicando las operaciones en detalle.

-Si mi madre viviera, sabría qué hacer.

-La decisión es de usted. El no está en condiciones para hacerlo.

-¿Y si no se le opera?

El médico se encogió de hombros.

-Puede que se recupere. Pero lo más probable es que muera. Dolorosamente.

-¿Tengo que decidir ahora mismo?

-Vaya a casa y duerma un poco.

Una mosca aterrizó en una polvorienta planta de plástico, se frotó las patas y volvió a salir volando.

No pudo cenar. Masticó ausentemente un trozo de rancio matzo de una caja que ella había dejado en la cocina unas semanas antes.

-¿Cómo puedes comer esta porquería? -le había preguntado en una ocasión-. Sabe como los pergaminos del mar Muerto.

Bebió un vaso de leche. Encendió la televisión y la miró sin verla durante una hora.

Encogido fetalmente en la cama, sudando, murmuró a la almohada:

-Nunca sobrevivirá a todos esos cortes. No podrá soportar todo ese dolor. Postrado durante semanas. Y luego empezarlo todo de nuevo. El viejo nunca ha hecho daño a nadie en toda su vida. No puedo hacerle esto.

Sus murmullos se habían fundido en un pensamiento mudo. Aferró con fuerza la cruz que aún colgaba de su cuello. «Escucha -dijo en silencio-. ¿Hacemos un trato? Te daré algo si

tú me das algo a cambio. Tú me rascas la espalda y yo te rasco la tuya. Quiero que salves a mi padre. Dime qué es lo que quieres. ¿Qué tengo que puedas querer?»

Las agudas puntas de metal y las facetas de las gemas de cristal le mordían la mano.

-De acuerdo -dijo en voz alta-. Has hecho un trato.

Segundos después, estaba profundamente dormido, mirando a través de la lente del sueño a la pareja sonrosada en movimiento, copulan-do bajo un cielo ardiente.

Eso había sucedido tres años antes. Ella no comprendió sus motivos para romper, y él no pudo explicarlos. Dijo cosas mojigatas como «Es el único medio» y «Es mejor para tu familia», que sonaban falsas como monedas de plomo. Ella se borró también de la clase. El le dio *El Arte de la Fuga* como regalo de despedida.

A la mañana siguiente de hacer el trato, fue al hospital y encontró a su padre sentado y quejándose de la comida. El color había regresado a su caray llevaba puestos los dientes. Saludó a su hijo gruñendo.

-¿Cómo demonios puedo salir de este antro?

Salió a la semana siguiente, pavoneándose y guiñando el ojo a las enfermeras.

El doctor no trató de explicarlo.

-Dije que podría recuperarse. Bien, pues lo ha hecho.

Ahora el hijo, tres años más viejo y empezando a quedarse prematuramente calvo, estaba sentado en el mismo solárium y escuchaba al mismo médico.

-No, esta vez no es posible la cirugía -decía el doctor-. Ha ido demasiado lejos. Y ahora está demasiado débil, demasiado viejo. -Tienen que hacer algo.

-Lo estamos haciendo. Tratamos que se sienta cómodo.

-¿Hasta que suceda qué?

-Sólo puede terminar de una manera.

Dos semanas más tarde su padre aún aguantaba, pero las drogas habían empezado a perder su eficacia.

-Duele como todos los diablos -dijo el anciano, tratando de son-reír.

Otras dos semanas.

-No comprendo qué le mantiene vivo -dijo el doctor-. Es tan viejo y frágil... Nunca había visto nada parecido.

-¿No puede hacer nada para aliviar el dolor?

-Está dopado hasta las cejas. Las drogas ya no hacen efecto.

Su padre parecía una momia marrón y encogida, pequeño en la ancha blancura de la cama. Tenía los labios secos y arrugados. Tras unos pocos minutos, abrió los ojos y miró a su hijo. Los ojos estaban nublados por el sufrimiento. Cuando su hijo se inclinó para besarle la frente, el anciano enfermo le preguntó algo, pero fue inaudible.

-¿Qué dices, papá?

El anciano se pasó la lengua por los labios y repitió la pregunta. La voz, que una vez había sido tan fuerte y viril, parecía el gemido de un cachorrito.

-¿Por qué no puedo morir?

La pregunta le siguió a casa, repitiéndose interminablemente como un disco rayado.

El pensamiento de la muerte, del hecho de que su padre la anhelaba, le hizo gravitar lentamente hacia un cajón donde tenía guardada una corbata negra. La había llevado por última vez en el funeral de su madre. Aún tenía una gota de grasa de la comida celebrada a continuación del entierro. Junto a ella había una pequeña cajita de cuero conteniendo viejos gemelos, agujas de corbata (regalos, nunca los usaba), y la cruz. La alzó a la luz y miró a la piedra central. Pero la lente se había agrietado y la única palabra del Padrenuestro que aún podía verse era «mal».

Agarró la cruz, recordando el trato que había hecho tres años antes. Se dio la vuelta decidido y se acercó al teléfono y marcó el viejo número. No lo había olvidado. Esperaba que no lo hubiera cambiado, esperaba que no se hubiera mudado; divorciado y vuelto a casar;

muerto.

Un muchachito cuya voz se había hecho más grave en los tres años de intervalo respondió al teléfono.

-¿Está tu madre en casa? -le preguntó.

-Espere. ¿Mamá...?

Un momento después, ella se puso al aparato. Parecía la misma. Él se identificó y añadió:

-¿Puedes hablar?

-Depende.

-Bien. Me gustaría verte. ¿Es posible?

Ella no contestó.

-¿Sigues ahí?

-Lo estaba pensando. Quiero decir, ¿por qué?

-La verdad es que quiero verte. Yo... te necesito.

-De acuerdo. ¿Cuándo?

-Cuando puedas. Lo más pronto posible.

-Sí, reverendo...

-¿Qué?

-... me encargaré de la clase de Biblia esta noche. Estaré allí a las ocho.

-Magnífico. Sigo viviendo en el mismo sitio.

Antes de que ella llegara telefoneó dos veces al hospital, sólo para oír el inmutable informe que esperaba:

-No hay cambios.

Ella no parecía mayor. Usaba el mismo perfume delicado. Sus sentimientos dormidos hacia ella regresaron con un destello de calor. La abrazó y se besaron. Ella sentía lo mismo.

-¿Qué es ese paquete? -preguntó él-. Tiene que ser una pizza o un disco.

-El viejo «Ojos Azules» -dijo ella, desenvolviendo *El Arte de la Fuga.*

-¿Aún lo conservas?

-Ha acabado por gustarme. Y veo que tú aún tienes esto. Se refería a la cruz que colgaba de su cuello.

-De modo que diste el salto -dijo él.

-¿El salto?

-Te hiciste cristiana.

-¿Por qué dices eso?

-Todo ese asunto del «reverendo» por teléfono.

-Oh, no. Aún estoy en el borde. Pero asisto a una clase de historia bíblica en el vecindario. Y a veces sustituyo al reverendo Huebing si le llaman de algún sitio. ¡Dice que soy su alumna estrella! Tenernos de todo en la clase. Una señora judía, un católico, un par de metodistas, incluso un ateo...

-¿Tu marido?

-No.

-¿Te apetece una Vaca Escocesa?

-De acuerdo.

-Las prepararé. Pon el disco, ¿quieres?

Sólo bebieron unos cuantos sorbos, porque los dos estaban impacientes por recuperar tres años de tiempo perdido, y a medida que la creciente espiral de música se acercaba a su final inconcluso, él la amó, profundo, seguro, confiado en que su carne era una hoja de piedad que rompía el trato, liberando al anciano del dolor, de la vida.

Mientras ella estaba aún en sus brazos, sonó el teléfono. Alargó la mano y lo atendió. El médico anunció la triste y bienvenida noticia.

-Gracias -dijo en voz baja, y colgó.

Cuando se volvió hacia ella, vio que su cara estaba súbitamente con-traída. Jadeaba y se

agarraba desesperadamente el vientre desnudo.

Más tarde, en el mismo hospital, el mismo médico decía:

-La inyección que le hemos puesto empezará a hacer efecto inmediatamente.

Ella gritaba piadosamente en la cama, sudando por todos los poros de su piel, con los ojos girando de terror e incredulidad.

-No hice un trato para esto -susurró.

El doctor le miró sin comprender.

Ella había dicho en una ocasión: «No se pueden hacer tratos con Dios».

(Los condenados, pensó, las almas olvidadas en el Infierno, ¿sufren más que esto? ¿Pueden gritar más fuerte? ¿Sudan más? ¿Sienten un dolor más angustioso? Entonces se dijo: «No seas idiota. No crees en nada de eso».)

Un funcionario del hospital le estaba preguntando el nombre de su pariente más cercano. El le dio el nombre de su marido, la dirección, el número de teléfono. Mientras tanto, el doctor murmuraba:

-No, creo que es un poco más complicado que una úlcera. Parece lo mismo que tenía su padre, pero no podemos estar seguros sin hacer unas pruebas antes. ¿Sabe si ha estado enferma mucho tiempo? ¿Algún tratamiento médico, algo que no sean esas malditas Vacas Escocesas? Ojalá supiera el nombre de su médico, porque su estado parece muy avanzado. Supongo que el marido podrá darnos esa información cuando llegue...

Ella se sumergió finalmente en un sueño drogado y débiles gemidos, y así él pudo salir al pasillo y al solárium. Alguien había dejado un periódico en una de las sillas, doblado por un anuncio de rebajas: prometían OFERTAS OFERTAS OFERTAS con grandes caracteres en la parte superior de la plana. Otra mosca se posó sobre la misma planta de plástico... ¿o era la misma mosca y otra planta de plástico?, se preguntó atontado. Mientras la mosca se marchaba, dijo en silencio, indignado: «Maldición, creía que teníamos un trato».

La mosca pasó zumbando junto a su cabeza. La espantó mientras sentía una fría respuesta de su interior.

«Tenías un trato -le aseguró la oscura voz muda-. Pero ¿con quién?»

Las tres sílabas tañeron en su mente una y otra vez, como un triplete de notas sonando en una campana subterránea, ding-dang-dong, amarga y vacía, una fuga terrible, eternamente

entrelazada, interminable-mente repetida. «Ding-dang-dong. Ding-dang-dong. Pero-con-quién. Ding-dang-dong.»

Salió rápidamente del hospital, para escapar del marido y de Alguien Más. Sabía que no había manera de huir de la campana. Que la oiría eternamente.